

do á su bordo 500 hombres entre zuavos, argelinos y traidores, con los que Gazielle, capitán de fragata y comandante de dicho vapor, se disponía á la conquista de Culiacán. Alejandro Santacruz, capitán del puerto de Altata, olvidándose de su condición de mexicano, se prestó á servir de guía á los expedicionarios. Jorge Carmona, comandante de batallón y el español José Domingo Cortés, ambos imperialistas de representación en la empuja, dirigieron cartas á Rosales, procurando con leve maña moverle á que reconociera el imperio traicionando como uno de ellos á su patria; pero Rosales contestó repeliendo á que la que consideró una grave injuria á sus antecedentes de liberal, de republicano y de patriota. No tuvo la expedición franco-traidora motivo de tardanza, y avanzó resueltamente con la seguridad del que no espera ni cree hallar obstáculo que le demore, ni enemigo digno de oponérsele de faz y con las armas, por nobles y usuales reconocidas y aceptadas. Pero Rosales ya sentía en su cerebro la voz profética del éxito, y se apresuró á obedecer á un mandato fútil que en tonos muy altos le mandaba convertirse en héroe. Su actividad y su resolución no tuvieron tropiezo que las contuviera. Contaba con la Brigada de Sinaloa formada de los batallones "Mixto, 2º de Sinaloa" é "Hidalgo" y del escuadrón "Guías de Jalisco." Con prontitud prodigiosa se cubrieron en un día sus numerosas bajas, reclutando defensores entre los muchachos del pueblo que aceptaban con espontáneo arranque de satisfacción el deber á cuyo cumplimiento se les llamaba. Ignoraban los conocimientos elementales del soldado: marchar, manejar el fusil; pero no atendían á su disculpable ignorancia, sino á su inmenso amor al país, y de ese amor, el más hermoso, se dejaron guiar, poniendo su vida y su suerte en manos del valeroso jefe que los congregaba, prometiéndoles, con su solo nombre, honor y paz.

Alcancó la brigada á contar 400 hombres, en su mayor parte bizoños, reclutas, muchos sin uniforme siquiera. Violentamente se hizo salir á casi todo el escuadrón "Lanceros de Jalisco," al mando de su comandante Francisco Tolentino, á que observara al enemigo y le hiciera el primer saludo de guerra. El día 20, Rosales, con el resto de la fuerza abandonó la ciudad y se dispuso á recibir á los invasores dignamente. Pasó la noche en San Pedro que ya se estremecía al anuncio de la lucha, presintiendo la gloria, y á la madrugada prosiguió la marcha para abreviar aquella terrible colisión. El choque estuvo á punto de ser en Navolato. En las cercanías de este pue-

do encontró Rosales á sus avanzadas que desde Bachimeto iban tiroteando en retirada á las de los intervencionistas, que en aquellos momentos verificaban su entrada en el pueblo, resuelto á no preocuparse de los enemigos que se le opusieran.

Las fuerzas republicanas llegaban ardientes con su reprimida ansia de combate. Acaso les exasperó la indiferencia insolente de los extranjeros, y los acometieron con bravura de veteranos, para cambiar en cólera aquel irritable desdén. Roto el fuego, se esperó que se empeñara el combate; pero los franco-traidores se guarecieron tras los bosques y los cercos que amurallan á la población, y no aceptaron el reto, á pesar de que por espacio de seis horas lo estuvieron sosteniendo andazmente las guerrillas republicanas, mientras que el grueso de la "Brigada de Sinaloa", desplegada en batalla á cuatrocientos metros al frente, aguardaba orgullosamente impasible la fogosa embestida de los legendarios y terribles zuavos y argelinos. Perdida la esperanza de combate por aquel día, Rosales retrocedió hasta San Pedro, dejando que la caballería le indicara al enemigo el rumbo que debía de seguir para encontrarlo al día siguiente.

San Pedro, monumento de la historia de Sinaloa, es un pueblo sin otra importancia que la histórica. Su humilde caserío está desparrramado en una plácida llanura, á cuatro leguas de Culiacán, hacia el Occidente; sus habitantes son indígenas, casi en su totalidad. El pasajero cruzaba antes de Diciembre de 1864 por aquella llanura, que presentaba como cicatrices las divisiones de propiedades marcadas con los primitivos cercos de zarzas, sin fijarse en él; antes bien con el deseo de pasar pronto. Tal aspecto de soledad y tristeza tiene el pueblecillo con sus chozas, morada de la inopia y de la fatiga sin recompensa. Por el camino del Poniente se debía de presentar el enemigo y en ese camino se situó Rosales teniendo muy cerca las últimas casuchas del pueblo. El corazón del pequeño ejército lo formaron cuatro cañones que servía el teniente Evaristo González, con su correspondiente dotación de artilleros novicios, sostenidos por alguna infantería. A la derecha formaba el batallón "Hidalgo" á las órdenes del coronel Ascención Correa, y á la izquierda el "Mixto" con dos cañoncitos, mandado por el comandante de batallón Jorge García Granados, hombre de un valor que tocaba los límites de la locura, y cuyo nombre es en Sinaloa, cifra y prenda de la intrepidez ciega. La caballería ocupó la reserva.

Se desesperaba la naturaleza joven como con sacudimientos de terror al presenciar

los inusitados aprestos, y quizá pareciera que aun no despertaba, y que, un sueño extraño le fingía aquellos aparatos de muerte que la estremecían, ora con su estrépito y su repicar de aceros, ora con su calma y su silencio más espantosos aún que el más medroso ruido. Comenzaba el día, un día gris perla, triste con las últimas ráfagas de Diciembre. Desde temprano habían tomado posiciones las tropas de la patria, y esperaban impacientes pero correctos, el anuncio de enemigo al frente. Callaban las cornetas; todos los ojos se volvían dilatándose hacia las lejanías del Ocaso. Atrás se levantaba el sol, como presentando un lienzo de luz sobre el cual se destacaban las posiciones del ejército nacional. Había una ansiedad profunda, que se revelaba en las miradas que escurriñaban el camino solitario de Navolato. De repente, á las siete de la mañana, se oyeron disparos de fusil, y á poco se percibieron por los oídos alerta rumores de marchas. Hubo un temblor entre los patriotas, que fué la despedida general del miedo. El ejército se cimbró con movimiento de onda, y las manos apretaron con cariño las armas, mientras las pupilas pretendían descubrir á los franceses. No tardaron en aparecer los "Guías de Jalisco," dando la espalda y retrocediendo pausadamente, fogueándose con la vanguardia enemiga á la corta distancia de un tiro de pistola. En el instante sonaron las voces de los clarines de órdenes, y dijérase que á su conjuro patriótico se enderezaron aquellos soldados nuevos, ante los antiguos triunfadores en las tremendas lides europeas.

Los expedicionarios presentaron batalla formando su centro con argelinos y traidores, su derecha con franceses, y la izquierda con traidores. Dos obuses de montaña quedaron bajo la dirección de los franceses que ocupaban la derecha. Ocuparon los invasores un espacio que se extendía desde el camino hasta un vallado que servía como de extremo á su derecha. Apenas tomadas sus posiciones, el fuego se hizo general; retumbó la artillería, barriendo la llanura con su formidable deyección de hierro; en los intervalos se oía el fuego de la fusilería, nutrido, rápido; en medio de aquel estruendo, se contemplaban los contendientes, y se medían como gladiadores al salir á la arena saludados por los aplausos de los corrientes que, de tal modo, manifiestan la seguridad de que triunfará el gladiador acotumbrado al circo donde no hay Hércules que le haya resistido.

Meda hora de cañoneo acabó de encender la sangre de los combatientes. Los franceses fueron los primeros en embestir; y se arrojaron con ímpetu, al parecer irresistible, sobre

el batallón "Mixto" que formaba la izquierda mexicana, con el propósito de apoderarse de los dos cañoncitos que les estaban causando daño. Por un momento, por un segundo, suspendió el fuego del lado mexicano; querían nuestros soldados ver cómo atacaban los franceses, cómo eran aquellas imponderables acometidas de los zuavos, dioses de la bayoneta, que jamás encontraban enemigo fuerte; Chocaron contra el "Mixto," y—¡oh extrañeza y júbilo!—el "Mixto" no retrocedió. Opués sus bayonetas y las cruzó con las invencibles, y éstas sintieron, al primer asalto, que su gloria daba un paso atrás. Granados, el espléndido en la lucha, tuvo un acceso de su locura trágica, y mandó cargar. ¿Qué sintió el "Mixto" al oír aquel mandato y al ver la transformación de su jefe, radiante de valor? Cargó; se dejó arrastrar por el frenesí de su comandante; acometió con impulso de fiera bravía acosada y arrolló á los que habían provocado su fiereza selvática. Retrocedían á la carrera los invasores, cuando Granados fué herido en el vientre por un tiro de pistola que le disparó, faltando á las leyes del honor militar, un oficial francés que acababa de entregarse prisionero. El éxito estuvo á punto de malograrse; pero Rosales, que atentamente seguía las peripecias del combate, mandó, á ese tiempo, que la caballería apoyara al "Mixto," y con esto se decidió en favor de los patriotas el incidente. Los franceses regresaron derrotados á sus posiciones. El Mayor del "Mixto," José Palacio, tomó el mando del batallón.

Se redobló el fuego, vivo, certero, mortífero. Resistíanlo y contestábanlo los expedicionarios, firmes, seguros, serenos, repuestos al punto de la sorpresa que les había producido una bravura que consideraban como un fenómeno en las filas contrarias. El entusiasmo crecía en el campo mexicano. En la artillería del centro, un sargento segundo, Pedro Pérez, hacia vanidoso alarde de su desprecio á la muerte, y riende y vivando á sus jefes y á la patria, cumplía con su terrible deber.

Y un muchacho de once años de edad, un niño resplandeciente en aquel cuadro de fogonazos, Francisco Ramírez, tocaba á fuego sin descanso, como si les reprochara á los artilleros, activos é infatigables, su tardanza en desolar por completo la llanura. No cedían los franceses; y entonces Rosales vió llegado el momento de acometerlos. Las cornetas transmitieron la orden, y en todo el campo liberal resonó un grito inmenso de entusiasmo que respondía al mandato. La brigada entera avanzó como disparada por un poder misterioso. El "Mixto" sigue distinguiéndose. El

capitán Lúcas Mora hace prodigios de valor. Fernando Ramírez, otro capitán, cae muerto de un balazo, cuando al frente de la fuerza que mandada, quería ser el primero en llegar á las posiciones enemigas, viniendo en aquella hermosísima competencia de nuevo. El mayor de órdenes Francisco Miranda se olvida de la vida, para pensar sólo en la patria agredida por los veteranos que tiene de frente. Al lado de Sánchez Román, segundo en jefe, ya el teniente coronel Cleofas Sa'món. Ambos aguerridos, probados en cien peligrosos lances, ahora excitados con sus voces y con su ejemplo á los entusiasmados soldados que les siguen arrojando al suelo las armas que no saben manejar, para ir á herir á los expedicionarios con los puños ó con los guijarros que van levantando en el camino. Rosales es ya el héroe. Ha sentido posarse en su frente la corona de laurel y el irisado y fulgurante rayo de luz de la gloria: ya se siente poseído por lo idolatrado de su numen de patriota, y se engrandece, se abre llanta, esplende, para recibir su gloriosa consagración de héroe triunfante.

Su presencia es una arenga que ciega y arrebatada; su grito es como una espada llameante que amenaza las espaldas de sus soldados; su ejemplo no puede tener igual, pero tiene imitaciones frenéticas. Es el que manda, y va al frente como obedeciendo. Tras él va delirante, dijéras que persiguiéndole, la "Brigada de Sinaloa." No, no pudieron los znavos y los argelinos resistir la avalancha. Corrieron dando frente, mientras de sus memorias muertas resucitaba el recuerdo de cómo se corría volviendo la faz hacia el campo libre. Media legua, antes más que menos se caminó en casi tres horas. Se habían hecho prodigios: un jefe, Martín Ibarra, lanzó un obús francés que hacía fuego, y, amarrando violentamente la reata en la cabeza de la silla, clavó espuelas al bridón, y sacó de bataría el obús.

Fué mucha duración para tan desesperada lucha. Ya iban los enemigos divididos en secciones por el empuje de los republicanos. Comprendieron, al cabo, que no los podían contener, que la resistencia era imposible, la catástrofe inevitable, los aliados traidores se desbandaban en huida de lebreles; el general Cortés y el comandante Carmona habían desaparecido desde los comienzos del sangriento disputar el paso á Culiacán; el honor francés se había defendido con su histórica arrogancia, y ya no quedaba que salvar sino la vida de los fatigados imperialistas que, por gracia de la fortuna, no habían perecido en la contienda. Con la velocidad del pájico que se

difunde en las multitudes á la presencia de un suceso inesperado, se tuvo en las conmovidas y desorganizadas filas francesas una idea salvadora: la rendición. Continuar luchando era seguir corriendo y alombrando el camino de uniformes imperialistas, para que pasara el victorioso ejército de Rosales aclamando á la República, y aclamado por las dianas que tocaban sus cornetas. De pronto los fugitivos clavan sus fusiles armados de bayonetas en las arenas del poético Humaya, y, cruzando los brazos sobre el pecho, piden á gritos la muerte para no ser testigos vivientes de aquel desastre que se les figura una horrosa pesadilla, un delirio inexplicable que le enrojece la cara con la explosión de la cólera y el rubor. Un oficial francés, gime, solloza, llora como un niño, acordándose de las glorias de Francia y viendo la derrota presente. Un sargento mexicano se le ha acercado á pedirle la espada, y él, entre lágrimas y voces de indignación, se niega á entregarla.

—Es usted mi prisionero—exclama Rosales que mira la escena.—Entregue usted su espada.

Y el oficial la rindió en manos del sargento, y luego que la hubo rendido, se cubrió el rostro con la mano, para desfogar en lágrimas su coraje.

Gazielle, capitán de fragata, jefe de la expedición, se adelanta á encontrar al jefe republicano, y tendiéndole por el puño su espada, se ofrece prisionero.

—Guárdela usted, comandante, le dice Rosales, es usted muy digno de llevarla.

Y Gazielle, conmovido al encontrarse con un vencedor tan magnánimo, la vuelve al cinto.

Bel Kassem ben Mohamed, subteniente de argelinos, no contiene la expresión de su gratitud al ver así tratado á su jefe vencido y prisionero, y avanza en actitud humilde, á besar la mano del generoso vencedor.

—En mi país no se acostumbra besar la mano á los hombres, dice Rosales deteniendo al argelino.

A las once de la mañana cesaron en Culiacán de oír los fuegos, y la mayor ansiedad se apoderó de los habitantes que habían estado escuchando con atención palpitante los ecos de la pelea. Esperaban un desertor, un disperso del ejército mexicano que les llevara la noticia primera de la segura derrota de los republicanos; pero ni desertor ni disperso se presentó, pues no los tuvo en San Pedro el ejército de la patria; y esta es una circunstancia rara que da mayor lustre y esplendidez al triunfo de la "Brigada de Sinaloa."

El 23 entró la brigada victoriosa en Culiacán.

cañ conduciendo á sus prisioneros. La ciudad absorba, maravillada, extática, contemplaba aquel portento, sin creerlo; veía el desfile triunfal, y sonreía con desconfianza, figurándose que la butaban con un engaño torpe. Los oficiales franceses estaban alojados con grandes consideraciones en la Casa de Moreda, y circulaban libremente. Sólo entraron con las tropas de Rosales los soldados rasos que se dieron prisioneros. ¿No era aquello una ferocidad en la mofa de los franceses victoriosos? Tal fué la suprema generosidad con que Rosales trató á sus vencidos; tal es el rago de belleza moral que enorgullece la historia de Sinaloa; tal es el temple de la virtud del caudillo republicano.

Gazielle no vaciló en escribirle una carta á Rosales manifestándole agradecimiento sincero por su conducta magnánima. El gobierno nacional la aprobó, olvidando con gran esfuerzo el derecho de represalias, que tan bien cumplian y practicaban los intervencionistas.

Cayeron en poder de Rosales 85 prisioneros franceses, entre ellos el jefe de la expedición y siete oficiales; más de cien traidores, dos piezas rayadas de artillería, el parque, las armas, las condecoraciones, una banderola y los equipajes, entre los que se encontraron las proclamas impresas en Mazatlán, que en favor del imperio se iban á repartir profusamente en Culiacán. La seguridad del triunfo era tan completo en el ánimo de los franceses, que hasta habían previsto el camino por donde escaparía Rosales, y nombrado al general que lo debía perseguir, el español Cortés.

El triunfo de Rosales fué de inmensa trascendencia en el Estado, cuyo centro se vió libre de los invasores que ya no osaron nueva expedición. Rosales obtuvo en premio el despacho de general.

En diversos puntos del Estado continuó sin tregua la lucha contra la intervención. Rosales estableció al norte una línea militar para proteger los distritos de Mocorito, Sinaloa y Fuento, y ordenó que de Cosalá fuera á Culiacán un cuerpo de tropa, para mejor atender á la defensa.

En Marzo de 65 quedó el gobierno de Rosales reconocido y legitimado por el de la Unión, para lo cual tuvo que entregarlo al general graduado, coronel de ingenieros, Don Gaspar Sánchez Ochoa, nombrado para recibirlo por el Presidente de la República, y del cual volvió á recibirlo cinco días después, legalizando así el gobierno emanado del pronunciamiento que derritó á García Morales.

He aquí que ha llegado la hora de la envidia. Correa, comandante del batallón "Hidalgo" cediendo á secretas insinuaciones de

personajes prominentes, se pronunció en compañía del jefe de la caballería Francisco Tolentino, que, como Correa, perteneció á las fuerzas del General Corona. Sorprendida la guarnición como el público, Rosales fué obligado á ocultarse dejando la plaza en poder de las infidentes, medio de que se valía, para logro de sus fines contrarios al patriotismo, la envidia que Rosales había despertado con su conducta de soldado y de gobernante. Torpes anduvieron los pronunciados; no proclamaron ninguna idea, ningún pretexto; fútil y necia fué la razón en que apoyaron su infidelidad al gobierno legítimo. Afortunadamente los rebeldes, por la mediación eficaz de algunos amigos leales de Rosales, depusieron á los

pocos días su actitud hostil y tornaron á reconocer el gobierno legal. Pero Rosales, de un carácter indómito y severo, exigió del general en jefe de las Brigadas unidas de Sinaloa y Jalisco, que castigara al coronel Correa, para ejemplo y moralidad del ejército, pues no debía tener más enemigos que los imperialistas. Tuvo, sobre el particular, una seria y grave entrevista con el general en jefe de las fuerzas republicanas; pero éste se negó á castigar á Correa, por lo cual Rosales que no sabía quedarse con el más leve ultraje ni á su persona ni á su autoridad, depuso el mando militar y político del Estado, y desde luego se preparó á ir á servirle á la patria, al lado del Presidente de la República, entonces en Chihuahua. Ya en camino se detuvo en la villa de Mocorito y de allí comisionó al general Joaquín Sánchez Román para que, adelantándose, fuera á explicarle al Presidente los sucesos ocurridos en el Estado y la conducta que había observado, al sentirse falto de apoyo y provocado á lanzarse á una guerra civil.

Otra vez se revela su carácter tempestuoso, que en ocasiones rompía los frenos de la prudencia y movía á cometer acciones no comprendidas entre las que le aconsejaba su clara inteligencia y su honradez sin tacha. Se pronunció contra el gobierno establecido por Corona é invitó al gobernador Rubí á unirsele, ofreciéndole que le confirmaría el nombramiento de gobernador, pues él sólo quería el mando militar para continuar la campaña contra los franceses. Rubí se negó á acceder á la propuesta, y entretanto las fuerzas del gobierno se movieron á atacar á Rosales, que organizaba las suyas y se mantenía en actitud bélica en la villa de Sinaloa. Sus primeras tropas fueron destrozadas por el general

Domingo Rubí, antes de entrar en Mocorito, y eran ya inminentes encuentros sangrientos entre ambos bandos, cuando Rosales recibió,

por conducto especial y violento, una comunicación de su amigo Don Francisco Ferrel, prefecto de Alamos, Sonora, y ex-secretario de gobierno del Estado de Sinaloa durante la administración del general García Morales, invitándole á que fuera á sostener la campaña que muy pronto debía iniciarse, por haber desembarcado una fuerza francesa en Guaymas y haberse alzado los indios del Yaqui y del Mayo.

Rosales aceptó sin vacilar aquella invitación honrosa, y envió comisionados á Rubí para hacérselo saber y manifestarle que desistía de sus propósitos en contra del gobierno impuesto por Corona, si le daban las seguridades de que no serían perjudicados los pueblos que abiertamente se habían declarado en su favor. Las obtuvo sin dificultades, y ya con la certeza de que su salida del Estado no acarrearía daño á sus partidarios, abandonó la villa de Sinaloa el 2 de Agosto para ir á abrir la campaña de Sonora, de donde, por su defensa brillante, se le llamaba para que sostuviera el pendón nacional amagado por una tempestad de muerte.

De los 500 hombres de que se componía su fuerza llegaron á Alamos casi la mitad. En aquella ciudad se le reunió el batallón "Alamos" que al regreso de Navojoa, en el Mayo, á donde fué Rosales á imponer respeto á los indios alzados, se desbandó completamente, llevándose en la desbandada á todos sus oficiales. Semejante conducta del batallón alameño tuvo desastrosas consecuencias en la tropa que permaneció fiel al ilustre general, que habiendo regresado al Estado de Sinaloa á proporcionarse recursos, se vió abandonado por varios jefes y oficiales que se separaron de su lado como desertores. Entonces decidió volver á Alamos con los 280 hombres á que había quedado reducida su fuerza. La ciudad sonorense estaba ocupada por las numerosas tropas imperialistas que mandaba Don José María Ahumada; pero al saber la aproximación de Rosales la abandonaron, y entró en ella el general republicano la tarde del 23 de Septiembre de 1865. Al siguiente día debía morir! En la mañana los imperialistas se presentaron en son de guerra y asaltaron la ciudad, confiados en su número.

Rosales, apercebido desde luego al combate, puso una sección de infantería al mando del doctor Molina, secretario de la Prefectura; se reservó el mando del resto de la infantería, y ordenó que sus 70 caballos, al mando de su jefe Don Guadalupe Gómez Llanos, fuera á desalojar de una colina al enemigo. Dadas estas disposiciones, Rosales acompañó al doctor Molina que se dirigía á su puesto, y al

volver para ir á ponerse al frente de su columna que por opuesto camino marchaba, un español de nombre Moratín, oculto en la casa de Moneda, intentó asesinarlo. Le disparó alevosamente un tiro de rifle que hirió al vencedor de San Pedro, pero que no le detuvo ni le impidió llegar hasta su fuerza, á pesar de la violenta y copiosa hemorragia. La lucha fué brevísima, pero terrible y de resultados dolorosos para la patria. La caballería de Gómez Llanos eludió el combate, y huyó sin provocar al enemigo. El joven doctor Molina murió valientemente defendiendo sólo una pieza de artillería ganada en la batalla de San Pedro. Y ya, frenéticos por su triunfo los imperialistas, se arrojaban sobre la retaguardia del jefe republicano cuya fuerza acosada, copada por el número, perdida la moral, y viéndose herido y desangrándose á su general, y sin esperanzas de auxilio en aquellos momentos de desastre, se desbandaban entregándose á la fuga, desoyendo las voces de su jefe que aún en aquellos supremos trances pugna por contener y dominar el pánico, aunque ya la muerte no se podía esquivar. Bajó de su caballo y, andando á duras penas por el dolor y la debilidad que le producía su herida, erró trabajosamente por varias callejuelas, hasta que ya cediendo al desmayo, se detuvo frente á la casa del padre del jefe imperialista que lo destruía, y mandó á un soldado llamado Patrio que tocara el zaguán, por si en aquella casa hubiera un patriota que lo albergara. Pemeño en aquel instante, una columna de indios traidores desembocaba en la calle, y Rosales que ya cedía al vértigo, por la abundante pérdida de sangre, se irguió, tal vez esperando, él que tan magnánimo había sido siempre con sus vencidos, que aquellos indios traidores y sanguinarios tuvieran un rasgo de generosidad; pero los imperialistas excitados en su ferocidad, y en su odio á los blancos, hicieron algunas descargas cerradas, acribillando al héroe que en vano disparó los cinco tiros de su pistola. Un indio le acometió de una manera feroz, horriblemente salvaje y brutal, y, dígame de una vez porque esto lo siente el corazón como una herida, lo remató á golpes.

Del lado de Rosales pelearon el general Sánchez Román, el coronel Miranda y Castro y Don Francisco Ferrel. Sinaloa, al saber el fin trágico del general que había defendido y dado un capítulo de luz para la historia nacional, le declaró benemérito del Estado, por decreto de 10 de Octubre de 1865; le mandó hacer honores de general de División en las exequias que dispuso, y le guardó luto por nueve días. Pasado el luto ha comenzado la fiesta apoteósica. La historia no

tiene luto para los héroes. La gloria no tiene lágrimas ni luto!

Rosales fué periodista de combate, y poeta de numen byroniano; en sus escritos, muchos de polémica, resalta el sarcasmo; parece que por ellos pasa algo como el reflejo de una sonrisa irónica, desdén, amarga. Liberal sincero y vehemente, cuando no luchaba con la espada contendía con la pluma; y como de su credo era fiel devoto, despreció las añejas preocupaciones de la época y discutió con el clero, poniéndose así frente á frente del horror que entonces inspiraba á las mayorías sociales la aceptación de unas doctrinas malditas por la ignorancia y el fanatismo, como provenientes, según decían los alarmados religiosos, de un funesto extravío moral.

Publicó algunas de sus poesías en la *Auro-ra Poética de Jalisco*, el año de 1851. Hay en ellas un desbordamiento de imágenes, de amarguras, de fatalismo; la fe atraviesa vacilante, como expirando en aquel páramo de sinistras dudas y de dolorosas interrogaciones. En un momento de desesperación infinita producida por la duda tenaz que ensombreció al pensamiento cuando se lanza á querer vislumbrar los arcanos invariables, se yergue como al sentir una herida alevosa, y exclama con robustos versos:

"¿Quién me dió por escarnio el pensamiento?"

"¿Quién me dió por sarcasmo la esperanza?"

En la no escrita historia popular de Sinaloa han quedado hondamente grabados muchos actos típicos del fogoso y explosivo carácter de Rosales; pero aquí sólo deben entrar los que no maltraten el recuerdo de otros hombres también ilustres.

Perseguido duramente por un artículo periodístico en el que el novel escritor exponía sus ideas políticas con sobrado calor y falta de prudencia, y temiendo caer en poder de sus perseguidores, tomó una resolución extraña y terrible: se dió de alta como soldado raso en el 2º Regimiento de Veracruz que mandaba el coronel Don Pedro Quintero.

Era ya sargento del 1º de Coraceros de la Guardia, y ya se había batido contra los americanos en la sangrienta batalla de la Angostura, cuando un día recibió orden de su superior para que castigara á palos á un soldado, que en los recientes combates había dado altas pruebas de intrepidez.

Rosales contestó secamente:

—¡Yo no doy esos palos!

Llevado ante el coronel Don Francisco Gutiérrez, díjole éste, montado en cólera:

—¿Por qué no obedece usted las órdenes de su superior?

—Mi coronel, porque yo sirvo á mi patria como soldado, y no como verdugo!

Cuando Gutiérrez supo los antecedentes de Rosales, y qué raras cualidades le distinguían, mandó levantarle el castigo y le ofreció su amistad y su protección.

Un capitán del propio cuerpo de Coraceros, el valeroso Ignacio Martínez Valenzuela, tuvo fuerte desavenencia por cuestión de preferencias mujeriegas con Rosales, que era su inferior gerárquico. Martínez Valenzuela, evitando cualquier sospecha de cobardía, prescindió de sus galones y acepta el duelo á que le reta su inferior, exclamando con desdén:

—¡Lo que siento es batirme con un muñeco sin antecedentes!

Colocados los adversarios frente á frente con las espadas en la mano, oyen la voz que les manda acometerse y Rosales se precipita impetuosamente sobre su adversario; lo hace retroceder, tropezarse, y rodar por el suelo; y, aunque la violencia de la acometida, obligó á creer que el impetuoso duelista no podrá contenerse y herirá al caído, Rosales levanta su espada, limpia de sangre, y prueba así que sus cóleras son violentas pero no ciegas.

Martínez Valenzuela, levantándose tiende la mano, en actitud amistosa á Rosales, y le dice:

—Es usted un caballero. Desde hoy quiero ser su amigo.

Y así pactaron estrecha y firme amistad los dos valientes.

Un día, la marinería de un buque de guerra inglés anclado en el puerto de Mazatlán, desembarcó en la ciudad y se embriagó en una cantina cuyo dueño, al ser pagado con insultos y amenazas de golpes, mandó apalearse á los tramposos. El comandante inglés, colérico y asombrado, exigió que se le diera una satisfacción; y como no la recibiera en respuesta á su exigencia, apresó á la goleta mexicana "Reforma," anclada también en el puerto, y se hizo con ella á la mar.

Produjose la natural indignación en la ciudad; indignación doblemente profunda porque se comprendía la imposibilidad de castigar á los ingleses raptores, y por la magnitud de la ofensa misma. Y cuando todos se entregaban á vanos alardes de ira, hubo un hombre que dijo:

—¡Yo rescataré la goleta!